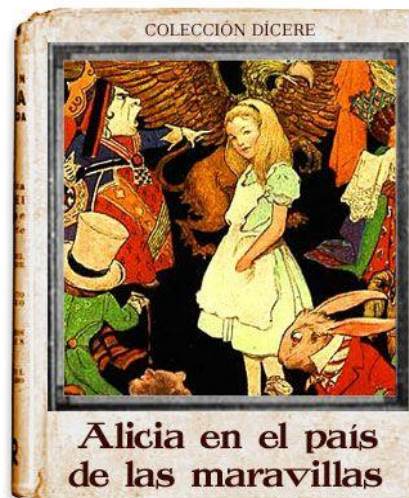


Alicia empezaba a cansarse de estar sentada junto a su hermana, que leía un aburrido libro sin ilustraciones. Pensó en ir a coger flores y de pronto pasó corriendo un apurado conejo blanco. Sacando un reloj del bolsillo de su chaleco, el conejo dijo:

-¡Es tarde, es tarde! ¡Voy a llegar demasiado tarde!

Alicia se levantó de un brinco y lo siguió por el campo. Vio que el animal entraba a una madriguera y decidió seguirlo. La niña cayó en un pozo profundo que desembocaba en una sala llena de puertas. Una de ellas daba a un precioso jardín por el que sintió deseos



de pasear, pero la puerta era demasiado pequeña. Una botellita con un letrero que decía "bébeme" la ayudó a hacerse diminuta y entrar en el nuevo mundo:

Conoció a la oruga azul que fumaba un narguile tras otro, a un gato charlatán de Cheshire, a un sombrero loco y a una liebre de marzo, con los que tomó el té de acertijos más extraño de su vida. Hasta tiempo tuvo de salvar a la sota de corazones de la furia decapitadora de la reina...

-¡Alicia, Alicia, despierta, hemos de volver a casa! -la zarandéó suavemente su hermana.

Dejarse llevar o marcar nuestro propio camino

Alicia en el país de las maravillas es –como tantos otros cuentos– una historia de la que podemos extraer un sinfín de interpretaciones. Un aspecto sobre el que queremos llamar aquí la atención es la facilidad con que nuestra amiga se deja llevar por los personajes que van apareciendo en escena, a partir de los cuales ella va discurriendo por el cuento, quién sabe si movida por su curiosidad o por un alma un tanto errática.

Esto, que no deja de ser una fábula, pasa más de lo que desearíamos en nuestro día a día, ya sea ante algunas circunstancias en concreto, o –en algunos casos más extremos– como norma de vida (intencionada o casual). ¿Quién no ha experimentado alguna vez la sensación de dejarse llevar ante situaciones importantes? Curiosamente solemos tolerarnos esta falta de reacción y no hacemos nada por evitarlo, incluso a expensas de sentirnos "infelices" por ello.

Stephen Covey¹ enumera y describe siete principios de acción que, una vez establecidos como hábitos, realmente pueden ayudar a alcanzar un alto nivel de efectividad en los aspectos relevantes de nuestra vida. Covey argumenta que dichos hábitos están basados en **principios de carácter ético**, que –a diferencia de los valores–, son atemporales y universales. Estos son: *la proactividad*, *tener un fin en mente*, *saber priorizar*, *pensar en win/win*, *escuchar activamente* (comprender antes que ser comprendido), *sinergizar* (aprovechar las diferencias del equipo) y *afilarse la sierra* (pasar a la acción).

Si meditamos respecto a estos siete principios, coincidiremos que ninguno de ellos escapa al ámbito del sentido común, y a pesar de ello estamos rodeados de personas y organizaciones que podríamos llamar "acomodaticias", que no toman las riendas de sus vidas o que las toman sin plantearse los **7 hábitos** de manera medio ni largo placista.

La verdad es que en estos tiempos, con la tormenta que está cayendo, se hace más necesario que nunca el objetivo de trazar un "plan de vida" a medio y largo plazo (sirva esto tanto para personas como para organizaciones). ¡Ah! Y por aquello de complicar un poco más la ecuación, no podemos olvidar que hemos de velar por cubrir también nuestra satisfacción personal/profesional. Quizás plantearnos seriamente los **7 hábitos** nos pueda ayudar.

Interesante y quién sabe si obvio, ¿no? ¡A ver si conseguimos hacernos con las riendas de nuestra vida y/o de nuestra organización! Buena reflexión.

¹ Covey: Más información en su libro "Los 7 hábitos de las personas altamente efectivas".